

seo que tiene de ver la Etiopía reunida á la Iglesia romana, dice al soberano Pontífice que pedia esta gracia á Dios por la intercesion de María, á la cual llama buena y poderosa abogada. Con lo que se ve que la Virgen Santísima es honrada en todas las naciones, y su culto está generalmente estendido por todas partes. ¡Quiera el cielo que se propague mas y mas para gloria de Dios, honra de su Santísima Madre, y felicidad de los fieles cristianos! (*Motivos de confianza.*)

PRACTICA LXXII, EN HONOR DE MARIA.

(*De todos sus verdaderos siervos.*)

Esta última práctica es la que prueba mejor que todas las demas que uno es verdadero devoto de María: consiste en *la imitacion de sus virtudes*. Esta es la perfeccion y el complemento de la devocion; y el que procura tomarla por modelo de su conducta, é imitarla en cuanto le es posible, puede estar seguro de que es ya bajo todos respectos el verdadero siervo de María Santísima.

ORACION LXXII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(*De San Agustin.*)

¡Oh bienaventurada Virgen! Al recibir nuestras súplicas para ofrecerlas al Señor, hacedlas dignas de que sean presentadas á vuestro divino Hijo, á fin de

que por vuestra intercesion obtengamos lo que pedimos con confianza. Contamos en vuestra mediacion poderosa para obtener el perdon de nuestros pecados, y despues la recompensa eterna, á fin de tener la dicha de alabaros y de ecsaltar por todos los siglos la misericordia del Señor. Amen.



CONSAGRACION

DE LOS DOCE MESES DEL AÑO A MARIA,

Ó SEA

LAS DOCE PRINCIPALES VIRTUDES

DE LA VIRGEN SANTISIMA

QUE SE OFRECEN A NUESTRO ESPIRITU PARA
QUE LAS IMITEMOS.



EL fruto de la devocion á María es la imitacion de sus virtudes: por tanto, es necesario conocer las que brillaron mas en esta divina Madre durante el curso de su vida, á fin de que practicándolas podamos llegar á ser sus imitadores; seguros de que esta augusta Rei-

334

ANUARIO DE MARIA.

na no dejará de proteger desde el cielo á sus verdaderos siervos que se esfuerce en imitarla en la tierra.

DE LA HUMILDAD DE MARIA.

Qui se humiliat exaltabitur.
El que se humilla será exaltado.
(Luc. 14, v. 14.)

La humildad es una virtud que nos inspira bajos sentimientos de nosotros mismos, y nos obliga á confesar nuestra nada en la presencia de Dios. Que un pecador convertido se humille, dice San Bernardo, es un acto de justicia que se tributa á sí mismo; pero que María, mas pura que el astro del día, elevada hasta sobre los ángeles, no piense en su alta dignidad sino para anonadarse, es un prodigio de humildad. Estos bajos sentimientos que tenia de sí misma se manifestaron durante toda su vida, que fué una práctica constante de humildad: porque siempre tuvo presente que el Hijo del Eterno al cual habia llevado en su seno por el espacio de nueve meses, habia sido reducido por este hecho al último grado de abatimiento: jamas olvidó tampoco todas las humillaciones de este Dios Salvador, y los tratos ignominiosos que habia sufrido, y de los cuales ella misma habia sido testigo.

VIRTUDES DE MARIA.

335

El ejemplo del Hijo perfeccionó la humildad de la Madre hasta el punto de haber merecido ser elevada sobre los coros de los ángeles, conforme las palabras del Evangelio, *qui se humiliat, exaltabitur.*

Tuvo, pues, María el primer carácter de humildad de corazon, que era formar un bajo concepto de sí misma: sin embargo de hallarse llena de gracia, jamas pensó en sobreponerse á ninguna criatura. No es que por eso creyese que fuese pecadora, porque *la humildad es la verdad*, dice santa Teresa; y la Virgen estaba segura de no haber ofendido jamas á Dios. Pero conocia que ella sola habia recibido mas gracias que todas las criaturas juntas, porque un corazon humilde considera los favores especiales que le hace el Señor para humillarse mas y mas: al paso que la misma luz que le descubria la infinita grandeza y bondad de Dios, la hacia conocer mas claramente su propia bajeza; y por esta razon se humillaba mas profundamente que todos los demas. Nunca hubo en la tierra criatura mas elevada y perfecta que María, porque nunca la hubo que fuese mas humilde.

Es un acto de humildad tener ocultas las gracias del cielo; y María quiso ser tan humil-

de en esa parte, que hasta á San José quiso ocultarle la gracia de haber sido hecha Madre de Dios, por mas que fuese necesario manifestarla, aun cuando no hubiese sido sino para librar á su digno esposo de las sospechas que podia formar en órden á su honestidad, viéndola embarazada, ó para evitarle la confusion en que habia de ponerle el secreto de este misterio. Porque por una parte San José no podia dudar de la castidad de María, y por otra no podia comprender el misterio de su embarazo: é indudablemente se hubiera separado de ella con prudente disimulo, si el ángel no le hubiese anunciado que su esposa estaba embarazada por obra del Espíritu Santo. La humilde María repugna las alabanzas que recibe, y las refiere todas á Dios.

Los que son humildes sirven á los otros, y por eso María sirvió á Isabel por el espacio de tres meses. Isabel, dice San Bernardo, se asombró de que María hubiese ido á visitarla; pero aun debía asombrarse mas, porque María la visitó no para ser servida, sino para servirla. Los que son humildes aman la soledad, y escogen los lugares mas retirados y apartados del bullicio y de los placeres del mundo; y María era tan amante del retiro, que por esta ra-

zon cuando Jesucristo estaba enseñando en una casa donde habia mucha gente, y deseando María hablar á su Hijo, no quiso entrar sin aguardar desde fuera el beneplácito de éste; y por la misma razon cuando estuvo en el cenáculo con los apóstoles quiso ocupar el último lugar. El que es humilde ama ser despreciado: por eso no se lee en el Evangelio que María se presentase en público en Jerusalem, cuando el Salvador era recibido en triunfo y con todos los honores de parte del pueblo; y se lee que le acompañó en el Calvario, sin temer la ignominia, dándose á conocer por Madre del que iba á ser sacrificado con una muerte infame y cruel.

“Es cierto, dice San Gregorio de Nicea, que “atendida la corrupcion de nuestra naturaleza, “no hay virtud mas difícil de practicar que la “humildad.” Mas por difícil que sea, es tambien cierto que nosotros no podemos jamas ser hijos de María si no somos humildes. “Si no “podeis imitar á María en su virginidad, es “clamaba San Bernardo, imítadla en su humildad.”

DE LA FE DE MARIA.

*O mulier, magna est fides tua.
¡Oh muger, grande es tu fé! (Mat.
cap. 15, v. 28.)*

La fé es un don de Dios que el Espíritu Santo nos comunica para iluminar nuestro entendimiento y animar nuestro corazón. Era necesario para la salvacion del hombre que éste sometiese su espíritu á la creencia de las cosas sobrenaturales: 1.º para la gloria de Dios, porque realmente es un medio de glorificarle el creer firmemente y adorar con humildad los misterios que sobrepujan á toda inteligencia criada: 2.º por razon de la misma naturaleza humana, porque es una gran ventaja para el hombre el ser conducido por la luz de la fé: su razon débil, limitada, defectuosa, tenia necesidad de una regla fija é inmutable para dirigirse. 3.º porque el fin por el cual el hombre ha sido criado es un fin sobrenatural, á saber, la posesion eterna de Dios.

En cuanto á la fé de la Virgen Santísima, tenemos ejemplos llenos de instruccion y de consuelo. Ella creyó el inefable misterio de la Trinidad beatísima: las palabras del ángel le designaron la persona del Padre que lo habia enviado á María: la persona del Hijo, dicién-

dola que el que concebiria en su seno era el Hijo del Altísimo; y la persona del Espíritu Santo, añadiéndola que concebiria por obra y virtud del mismo.

María creyó el misterio de la Encarnacion (que hasta entonces habia estado oculto bajo las figuras y sombras de la ley) cuando en un miserable establo, desierto y abandonado, nació de ella un niño pobre, pasible, mortal, sujeto á las miserias de esta vida. Creyó que este mismo Hijo era el Dios eterno, el Criador y el Redentor del linage humano. María lo creyó antes que el Evangelio lo hubiese anunciado al mundo: lo creyó antes de haber visto á su Hijo obrar milagros, y sin pedir señales ni pruebas, como las habian pedido Zacarías y Gedeon, lo creyó con una firmeza incontrastable. Ella misma da el testimonio mas brillante de esta fé perfectísima en el cántico en que transportada de gozo esclama: "El Todopoderoso "ha obrado en mí grandes cosas." ¿Cuáles son esas grandes cosas, sino que el Hijo de Dios se ha hecho hombre en su seno virginal? "Por "eso, añade, todas las naciones me aclamarán "bienaventurada." Este oráculo se cumplió y se perpetuará hasta el fin de los siglos. Por eso Isabel realzó la grandeza de la fé de María: *Beata quæ credidisti.*

Así como María fué perpetua en su fé, así también fué muy constante en la confesion de esta misma fé, y en los grandes sacrificios que la fé ecsigió de ella, por mas que su corazon estuviere inundado de dolores. Llena de fortaleza no se apartó del Salvador durante la passion, y le siguió hasta el Calvario: postrada al pié de la Cruz, le reconoció constantemente por su Hijo y su Redentor, con la esperanza cierta de la resurreccion, y del entero cumplimiento de todo lo que habia anunciado. ¡Oh! Aquí sí que podemos esclamar con razon: “¡Oh muger, grande es tu fé!”

Esta fé de María, firme en sus principios y constante en todas sus pruebas, debe ser el modelo de la nuestra, por lo comun tan débil y vacilante. Nuestra fé está siempre espuesta á tentaciones que nos suscita el enemigo de nuestra salvacion. Dios permite muchas veces que tengamos que experimentar contradicciones, que hayamos de combatir con grandes dificultades, que hayamos de superar grandes peligros; pero firmes en la fé, debemos resistir con fortaleza y pelear con constancia: *resistite fortes in fide*. Sin detenernos mucho en ecsaminar las sugestiones del demonio, atengámonos á esta respuesta general y decisiva: creo todo la que la

fé me enseña, todo lo que la Iglesia me propone: y lo creo porque Dios así lo ha revelado. Y si alguna vez la violencia de la tentacion nos agita para hacernos vacilar en la fé, no debemos turbarnos: protestemos al Señor que queremos vivir y morir en los sentimientos de nuestra fé, socorridos con los ausilios de la gracia: apartemos de nuestra imaginacion toda duda que pueda sobrevenirnos, y que el demonio podría hacer nacer en nuestro espíritu. Por medio de esta resolucion sincera y generosa conservaremos la fé, ésta se confirmará en nosotros, y será como un escudo de salud contra todos los ataques de los enemigos de nuestra salvacion.

Pero la fé de María nos da sobre este punto un modelo perfectísimo: así conviene, que aunque sea con peligro de nuestros bienes, de nuestra fortuna y aun de nuestra vida, perseveremos constantemente en la fé de nuestros padres que hemos recibido con el bautismo: solo á este precio merecerá nuestra fé ser coronada en el cielo. *Qui me confessus fuerit coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo*. Sean nuestros sentimientos durante la vida, una fé firme, dulce, incontrastable: ellos serán nuestro consuelo en la hora de la muerte.

ESPERANZA DE MARIA.

*Ego Mater. . . . sancta spei.
Yo soy la Madre de la santa espe-
ranza. (Ecl. 24, v. 24.)*

La esperanza es una virtud sobrenatural que Dios infunde en el alma del cristiano, y por la cual confía en el auxilio del cielo, y mediante sus buenas obras, alcanzar la vida eterna. La esperanza, para que sea una virtud verdaderamente cristiana, debe ser firme y constante. Sin embargo, esta esperanza no excluye el temor y la incertidumbre de nuestra salud; pero es positivo que cuanto mayor y mas perfecta es la esperanza, tanto mas disminuye el temor y la duda, y esto es lo que produce la confianza. Creciendo la esperanza hasta el mas alto grado de confianza por medio de la fé viva y de la pureza de costumbres, y con los socorros de la gracia de Dios; ¡cuál debió ser la esperanza de María, y cuántas ocasiones se le proporcionaron para entregarse en el seno de la firme confianza en Dios! Vió á San José desasegado y casi resuelto á separarse de ella, á causa de ignorar el misterio inefable que se obraba en su seno por la virtud del Altísimo; y llena de confianza se entregó toda en las manos del Señor, segura de que todo redundaria

en su mayor gloria, como así sucedió en efecto. Este ejemplo nos enseña, que por mas que nos sobrevengan graves aflicciones, por mas que nos veamos rodeados de grandes peligros, debemos siempre esperar que Dios nos sostendrá, nos consolará y nos conducirá á un fin dichoso. Dios ha prometido oír la voz del justo: *voluntatem timentium se faciet.*

Sucede muy á menudo que dirigimos nuestras peticiones á Dios, esperamos en Dios, y sin embargo no logramos el efecto de nuestras súplicas: esto es porque toda virtud debe ser probada, y la esperanza tiene tambien sus pruebas. Abraham esperaba, segun las divinas promesas, que de su hijo habia de nacer la gente escogida; y á pesar del precepto del Señor por el cual le mandaba sacrificar á este hijo de bendicion, perseveró en su esperanza creyendo firmemente que aunque fuese por medios incomprendibles á su espíritu, no dejaria Dios de cumplir su promesa. Esta es la esperanza firme y constante en que nos empeña el ejemplo de la Virgen. Ella esperó constantemente que su Hijo salvaria al linage humano, y reinaria un dia sobre la tierra y en el cielo. Vió despues á este Hijo adorable entregado al furor de los verdugos, á los horrores de los tormentos y á la

muerte, y no por eso dejó de esperar firmemente que Jesucristo, á quien ve morir en medio del oprobio, resucitaria, conforme lo habia anunciado, lleno de gloria, y sujetaria el mundo entero á su Evangelio y á su imperio.

Esta firme y generosa esperanza es la que debe servirnos de ejemplo en todas las tribulaciones de la vida, por grandes y sensibles que puedan sernos: y sobre todo nos es sumamente necesaria en la oracion y en todas las prácticas y ejercicios de devocion. Sucede muchas veces que despues de algun tiempo que uno ha comenzado á servir á Dios con devocion, despues de haber gustado las dulzuras que se hallan en su santo servicio, cae en un estado de sequedad, de amargura y de desolacion: en este caso hay muchos que por su débil fé se persuaden que Dios se aleja de ellos en el tiempo de tentaciones y tempestades; pero nunca debemos abatirnos: debemos alimentarnos siempre con la santa esperanza, cuyo fundamento, que es la bondad divina y los méritos de Jesucristo, subsiste indefectiblemente. Debemos perseverar en la práctica de las buenas obras, de la oracion y de la penitencia, atendiendo que lo que nos hace dignos de Dios no es el fervor sensible en que hallamos complacencia, sino la

virtud sólida que nos hace resignar enteramente y conformarnos con la divina voluntad. "Aun cuando todo el poder de mis enemigos juntos se coligase contra mí, decia el Profeta real, nunca dejaré de esperar en el Señor mi Dios: *In hoc ego sperabo.*" El sábio invoca el testimonio del mundo entero en prueba de esta verdad: "Hijos míos, dice, preguntad á todos los que viven en la tierra, preguntadles qué es lo que han experimentado sus espíritus; y todos os responderán por boca de David, que jamas han sido frustradas las esperanzas del que ha colocado en Dios toda su confianza." *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

Sin embargo, es necesario que esta esperanza sea sostenida por medio de las buenas obras; porque de otro modo no seria esperanza, sino presuncion. Imitemos á María, cuya fé viva y firme esperanza han sido siempre animadas con la práctica de las obras de salud y de santificacion: invoquémosla en nuestras penas: imitémosla en sus ejemplos, y esperemos por su intercesion todas las gracias del cielo.

AMOR ARDIENTE DE MARIA A DIOS.

Amore langueo.
Me consumo de amor. (Cant. cap.
5, v. 8.)

Puede decirse que todos los afectos del corazón de María fueron inefables; mas su amor á Dios lo fué en un grado incomparablemente superior á todo otro afecto. Entremos con el espíritu en ese vivo santuario de la mas ardiente caridad, en el corazón de María, y lo veremos todo encendido en el amor de su Criador. Ni puede dejar de ser así, porque una alma generosa y agradecida ama tanto mas á Dios cuanto mas conoce su bondad, su hermosura y todas sus adorables perfecciones: y ciertamente jamas ha habido en el mundo una criatura que tuviese un conocimiento mas perfecto de Dios de lo que lo tuvo María; nadie ha recibido mas gracias y beneficios de Dios que María, y nadie ha sido mas fiel y agradecido á Dios que María. Por esta razon el amor que tuvo á Dios debió ser un amor sin límites y sin medida. ¡Oh! ¡Qué caridad tan ardiente penetraba y abrasaba el corazón de María! ¡Qué luces tan brillantes del divino amor resplandecian en su espíritu! ¡Qué llamas del mismo amor enagenaban sus sentidos! ¡Qué aspira-

ciones tan tiernas! ¡Qué lágrimas tan afectuosas! ¡Qué trasportes y éxtasis tan dulces pensando en el objeto de este santo amor! Ella tenia incesantemente en su boca y en su corazón estas palabras y sentimientos de la Esposa de los Cánticos: "Mi amado es para mí, y "yo soy para mi amado."

María dió una prueba de este incomparable amor que tenia á su Dios en su divino cántico, en que la vemos toda trasportada de santa alegría porque puede celebrar las alabanzas de su Señor: la vemos llena del mas puro contento glorificando á su Salvador: *et exultavit spiritus meus*. En este amor tenia su origen la mas exacta observancia no solamente de todos los preceptos sino hasta de los mínimos consejos, de manera que jamas durante su vida cometió la falta mas leve. De este amor nacia la perfección de todas sus acciones, porque en realidad lo que hace perfectas las buenas obras es el amor con que se practican. El amor es el que inspira la pura intencion de agradar solo á Dios; y el amor hace que la voluntad se dirija siempre á Dios con prontitud y con fervor. De este amor nacia tambien la paciencia mas constante en todo género de pruebas y de sufrimientos. El que ama sufre siempre volunta-

riamente y con gusto por el objeto de su amor. En fin, el corazon de María, figurado por la zarza que ardía sin consumirse, y por el altar propiciatorio, cuyo fuego no se apagaba de dia ni de noche, era como un horno encendido, cuyas llamas iban adquiriendo cada dia nuevos grados de calor. Ni el mismo sueño interrumpia el amor que la Virgen Santísima tenia á Dios. Ella decia con mas razon que la Esposa de los Cánticos: "Yo duermo, mas mi corazon vela." Las ocupaciones ordinarias de la vida no la impedian amar; ni el amor á Dios la impedía entregarse á las ocupaciones de la vida humana. ¿Amó á Dios siempre, y en todos los instantes de su vida no hizo sino lo que pudo ser mas agradable á Dios. En fin, es imposible que una pura criatura pueda amar mas á Dios en la tierra: hasta los mas elevados serafines hubieran podido bajar del cielo para aprender á amar á Dios en el corazon de María: esta es la reflexion que hace San Gerónimo.

El amor á Dios es la principal virtud que hemos de imitar en María. El divino amor es el ejercicio mas noble de todas las virtudes: es el alma, la perfeccion, el colmo de todas ellas. Por eso debemos entregar todo nuestro corazon á Dios, sin buscar, sin desear cosa alguna

que no conduzca directamente á él, á fin de que este amor sea el principio y el motivo dominante de nuestra conducta. Pidámoslo al Señor sin cesar: representémonos á menudo su grandeza y sus perfecciones infinitas: acordémonos de los innumerables beneficios de que nos ha colmado: comencémonos á ejercitar en este santo amor por medio de la fiel observancia de los divinos preceptos, mirando con horror toda culpa mortal, y huyendo de ella: evitemos al mismo tiempo en cuanto esté de nuestra parte, toda caida en el pecado venial.

Al mismo tiempo debemos ejercitarnos en la caridad perfecta con Dios, dirigiendo todas nuestras obras con la pura intencion de agradarle en todas las cosas: obremos con piedad, con cuidado y con celo: practiquemos cada una de nuestras obras como si ella debiese ser la última de nuestra vida: imitemos el fervor con que María lo hacia todo por Dios: penetrémosnos de la devocion de su espíritu y del afecto de su corazon: procuremos tener parte en la íntima union que habia entre Dios y la Virgen: deseemos, lo mismo que ella lo deseaba, hacer, sufrir, sacrificarlo todo por amor de Dios. Invoquemos sin cesar la proteccion de María como la Madre dulce y amable del puro amor:

Mater pulchra dilectionis. Pidámosla, en fin, la gracia de amar á Dios durante nuestra vida, y de podernos juntar por siempre con todos los santos para amarle mas perfectamente en el cielo.

CARIDAD DE MARIA CON LOS HOMBRES.

Sic . . . dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.
Amó tanto al mundo, que por él ofreció á su Hijo único. (*Joan. cap. 3, v. 16.*)

El hábito de la caridad que Dios infunde en nuestras almas á fin de que le amemos, es el mismo que nos empeña á amar al prójimo: de manera que quanto mas ardiente es el primero con respecto á Dios, tanto mayor es el segundo en orden al prójimo. El verdadero amor al prójimo es cuando se le ama por amor á Dios, como á criatura suya formada á su imagen, y redimida con su sangre. San Pablo dice que el que ama al prójimo cumple toda la ley. Tal ha sido el amor de que todos los santos han dado los mas brillantes ejemplos: su amor ardiente á Dios, fué siempre acompañado de un amor sincero al prójimo, y muchas veces han dado pruebas irrefragables de este amor con el sacrificio de sus bienes, de su fortuna, de su sangre, de su vida. Mas este amor, por grande

que fuese, ¿puede nunca compararse á la inefable caridad con que María amó á los hombres? Ella ejerció esta virtud heroica mientras vivió en la tierra. Aun prescindiendo de los sentimientos de la caridad que la escitaban sin cesar á socorrer á los necesitados, aun antes que éstos implorasen su socorro; prescindiendo del amor que la obligó á rogar á su Hijo que hiciese un milagro en las bodas del Caná de Galilea, manifestándole la afliccion de la familia que los habia convidado, á causa de faltar el vino; prescindiendo del afecto que la hizo emprender un penoso viage para visitar á Santa Isabel; ¿no nos dió la mas grande prueba de su caridad entrañable hácia los hombres, consintiendo en ser Madre de un Dios Redentor? Sí; porque desde entonces se obligó á hacer el sacrificio de su Hijo muy amado, hasta el punto de dejar que fuese inmolado por la salvacion de los hombres. Por este consentimiento generoso cooperó en quanto estuvo de su parte á la redencion del linage humano.

Muchos se glorian de tener caridad con el prójimo por la sola razon de que no le desean mal alguno. ¿Caridad defectuosa! Para que la caridad sea perfecta no basta el no desear mal á nuestros hermanos; es necesario que les ha-